

El comisario Gorgonio vuelve con su pasado



MARÍA DE ALVARO

no se le escapa un culpable, que hace años perdió la pistola y nunca se ha preocupado de recuperarla, que se reivindica más heredero de la España caní que de Chadler, que ni es un héroe ni un antihéroe porque es verdad aunque sea ficción. Y ahora, además, sabemos que fue el último de su promoción, que acabó en la Criminal porque no podía elegir otro destino, que es el hijo de un minero de La Camocha que miraba a los hombres a las manos para distinguir quién era un currante y quién solo quería aparentarlo. Sabemos que le copió su mirada a Humphrey Bogart y Robert Mitchum en los cines en los que aprovechaba para meter mano a la chica; que nunca se olvidará de la imagen de su primer cadáver, asesinado injustamente en las cloacas de un Estado sin derecho. Y sabemos que si no dejó la Policía a las primeras de cambio fue, sobre todo, para que un colega ganase una apuesta y, de paso, fastidiar a los de la Brigada Político Social.

Pero 'La muerte abrió la le-

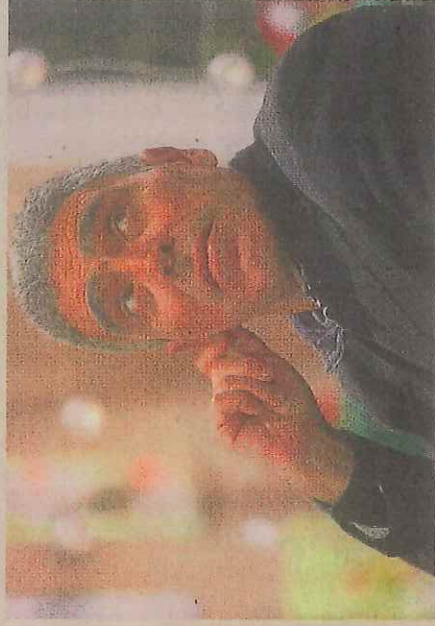
yenda', como suele suceder, es algo más que un caso de Gorgonio y, desde luego, narra mucho más que su peripécia tratando de demostrar que lo que parece un accidente es, en realidad, un asesinato, el de Amadeo Granell, oficial de la Legión de Honor por haber liberado París de la ocupación nazi.

El libro comienza con una frase de Alejandro Dumas que no está elegida al azar: «La Historia es la percha de la que cuelgo mis novelas». En sus páginas, esa Historia, la que se escribe con mayúscula, nos pasea por el Castellón del año 1972. Nos lleva a esos tiempos en los que los coletazos del franquismo dieron más de un buen latigazo. Héroes de la resistencia francesa, fascistas nostálgicos de los tiempos de Hitler, las huellas de la guerra civil en algunas almas. Indalecio Prieto, Largo Caballero o Juan de Borbón desfilan con mayor o menor protagonismo por un relato que es, a la vez, casi un tratado de las fuerzas de seguridad de la época, cuando los polis locales se llamaban guardias y llevaban un

Alejandro Gallo recupera a su peculiar policía para adentrarse en las cloacas del final del franquismo

Empezó resolviendo casos imposibles cada semana en las páginas de EL COMERCIO mientras su padre, Alejandro Gallo, dudaba de si algún día se convertiría en novela. Lo ha hecho: 'La muerte abrió la leyenda' es la última entrega de Gorgonio y, a la vez, la primera. El comisario calvo y malhablado, el cínico que oculta su ternura vuelve con eso que el cine llama precuela. O sea, el momento en el que la araña picó a Peter Parker.

Sabíamos que a Gorgonio



Alejandro Gallo, policía además de escritor. :: DANIEL MORA

orinal blanco en la cabeza». No en vano su autor es, además de escritor, el jefe de la Policía Local de Gijón.

Los alrededores de la trama también están llenos de historias y de Historia. Las que nos pintan una patrona de pen-



LA MUERTE ABRIÓ LA LEYENDA

Autor: Alejandro M. Gallo.
Editorial: El reino de Cordelia.
264 páginas. 18,95 euros.

ty Dumpty en 'Alicia a través del espejo' para obtener idéntico resultado: se puede discutir si en igualdad de condiciones la explicación más sencilla suele ser la más probable; lo que es indiscutible es que la teoría que gana siempre «es la que mejor le venga al poder establecido».

Con una estructura narrativa a veces homenaje y otras parodia al noir más clásico y las películas de pistola y sombreros Fedora, se desarrolla en dos tiempos que va simultaneando. Hoy y el 72. El Gorgonio a punto de jubilarse y el que afrontaba su primer caso. Hilados, por cierto, con una destremillante entrevista radiofónica en la que nuestro héroe aprovecha para emborracharse y ponerse hasta arriba de jabugo y queso.

En 'La muerte abrió la leyenda' suenan los Doors, Woody Guthrie y hasta Ismael Serrano e incluye una brillante diatriba a modo de arranque sobre esta posmodernidad twittera en la que vivimos que se resume en pocas palabras: «Hoy lo fundamental es el silencio, el silencio, el silencio, el silencio». Justo lo contrario de esta novela que se cuelga de la «percha de la Historia» con paso agíl, por momentos descacharrante y siempre sin perder la fuerza con la que comienza: un sonoro y eficaz «¡Cagüen mi manto!».

No faltan referencias a Gas-

tón Leroux y su 'misterio del cuarto amarillo' o a Guillermo de Ockham y su 'teoría de la navaja', mezclada con Hump-